



David Guzmán

Escultor de formación autodidacta, conocedor del oficio, atento escucha de los caprichos de la materia, forjador de formas orgánicas, obsesivo buscador de la perfección, minucioso constructor de irrealidades, todas estas afirmaciones podrían describir de manera más o menos precisa al escultor al que nos vamos a referir.

Guzmán sostiene haber albergado una profunda curiosidad por la manera en que la materia, ya fuese piedra, metal u otros materiales adoptaban ciertas formas, se transformaban.

El acero inoxidable, material con el que hasta la fecha mantiene un amorío, con el cual a logrado formar un vínculo indisoluble en el que la materia da rienda suelta a sus posibilidades y el escultor expresa su mundo interior. Esta etapa de su escultura es más cercana a la vertiente de Julio González, Pablo Gargallo, Eduardo Chillida, Pedro Cervantes y como estos, el defiende el oficio a ultranza. Reconoce una diferencia fundamental entre el escultor y el diseñador de escultura, el pertenece a la primera categoría y se siente afortunado de ser testigo y participe de la MAGIA DE LA TRANSFORMACIÓN.

Algo que tiene bien identificado es que su quehacer escultórico proviene de la NECESIDAD y la NECEDAD, de esa insaciabilidad por lo nuevo, es por esto que deja que el material se suba a los muros, que penda de delgados cables, que se abrace de manera sorpresiva a materiales pétreos, que tome caprichosas formas que parecen contrarias a su naturaleza. Sus esculturas proyectan una vitalidad resultado de la minuciosidad en su manufactura.

Sostiene también que, en contraposición a la naturaleza de sus esculturas, matéricas, contundentes, pesadas, el elemento primordial en ellas es el vacío y no la materia.

Esculturas que son la instantánea de un movimiento perpetuo, tramos de acero que parecen ondular, por estas y por otras cualidades y calidades de su obra él se autodefine como ESCULTOR DEL AIRE.